

UNA NOCHE DE JUNIO

CAPÍTULO 1

El Mercedes avanzaba casi sin ruido por la autopista que une Sao Paulo con Río de Janeiro. La oscuridad de la noche se atenuaba por contraste con el interior del auto: todo el cuadro de mandos y el salpicadero estaban apagados; no se veía la velocidad, las revoluciones del motor, la presión del aceite ni la temperatura del agua; nada. Sólo negrura hasta las dos manos blancas sobre el volante. Más allá, el haz de luces iluminando el asfalto, con el símbolo de Mercedes recortado en medio, tan negro como la noche.

Tampoco funcionaba el radio-cassette, el original de fábrica, “el coche se deprecia si se cambia, un modelo con 25 años debe tener todo original, es ya un clásico, lo clásico tiene sus inconvenientes”, le había dicho su socio. Así que la noche, además de tan oscura como sus pensamientos, era silenciosa. Solo en el viejo Mercedes, Jorge meditaba mientras conducía perezosamente. Las manos como dos apariciones pálidas ante él, luego las luces tragando filas infinitas de rayas brillantes.

Además de las luces externas, también funcionaba el mando para seleccionar la velocidad, fijada en 110 kilómetros por hora a la luz de su mechero. Había decidido ir por la Ayrton Senna, menos transitada que la Dutra en las cercanías de Sao Paulo. Luego tendría que tomar la Dutra en Taubaté, pero ya allí, de noche, la circulación sería escasa, tanto como lo era ahora en la Ayrton. Pasado Taubaté, seguiría hasta Guaratinguetá, luego se desviaría al este, por una carretera de montaña, hasta Cunha. Allí había pasado las últimas tres semanas, encerrado prácticamente en una finca, en medio de la nada. Y allí volvía, pero esta vez para una sola noche. La última.

Casi solo en la autopista, Jorge repasaba lo ocurrido en las últimas horas; consecuencia de lo pasado en los últimos meses, que a su vez hundía sus raíces en una decisión tomada hacía cinco años: invertir sus ahorros en una sociedad con su amigo Jaime, dedicada a exportar productos brasileños a Europa. En un principio pudo compaginar esta actividad con su trabajo en el banco, del que salía a las tres de la tarde; cuando llegaba a su casa, trabajaba vía email, teléfono y skype, coincidiendo con la jornada brasileña. Fue un comienzo duro.

Antes de un año los dos trabajos se habían vuelto incompatibles: JJ Export había crecido, daba sus primeros beneficios, pero precisaba más dedicación. Jorge tenía que viajar a menudo para visitar clientes, controlar la llegada a puerto de los productos... al final

negoció su cese en el banco. Cuando salió de las oficinas centrales con su cheque y su finiquito firmado, fue la primera vez en su vida en que sintió el significado de la palabra libertad. Y para celebrarlo se corrió una juerga que duró tres días con sus noches.

Como no podía ser de otra forma, la decisión de dejar el banco, discutida con su novia durante meses, tuvo consecuencias: Paloma le dejó poco después. ¡Estaba ya tan lejos de todo eso! Ahora recordaba a su ex novia como una mujer medrosa necesitada de la seguridad de dos nóminas mensuales. Ella usó la juerga de tres días -de la que sólo formó parte la primera noche- como disculpa, pero detrás yacía un gran desacuerdo vital. No había, en realidad, nada que reprocharla, era él quien había cambiado. Jorge lo aceptó, pensando que pagaba un precio razonable por intentar algo diferente en su vida.

El trabajo ayudó mucho a olvidar la ruptura sentimental. Daba la impresión de que el universo se había puesto a girar a su favor; su socio Jaime se movía en Brasil como pez en el agua; encontraban productos que nunca antes habían tan siquiera imaginado que podrían ser interesantes para los mercados europeos: artesanía, moldes para matrices, piezas de plástico inyectadas, muebles, ladrillos refractarios... Jorge se convenció de que el mundo es de los que arriesgan. Con cada nuevo ingreso en su cuenta, dedicaba una sonrisa al recuerdo de su vida anterior, en la que se habría levantado a las 7 para ir al trabajo.

Dos años después de abrir JJ Export, tenía en Madrid una secretaria y un administrador que le llevaban gran parte del trabajo rutinario, limitándose el día a día de Jorge a labores de supervisión, desplazamientos a puertos y visitas periódicas a clientes, a fin de no perder el contacto personal. Ganaba cada vez más dinero trabajando menos: lo había logrado, era un empresario de éxito.

Viajaba a Brasil dos veces al año y pasaba con Jaime un mes cada vez, mezclando trabajo y vacaciones. En una de sus periódicas visitas a Brasil, hacía ya más de dos años, en el aeropuerto le esperaba Jaime como estaba previsto; lo que no esperaba era que llevara del brazo a una chica. Lenara tenía 22 años, dieciséis menos que Jaime, y era una belleza. “La he conocido hace un mes y estoy loco por ella, Jorge”, “Realmente es una mujer capicúa, tan guapa por delante como por detrás”, respondió Jorge, observando a Lenara caminando delante de ellos hacia el coche, las llaves tintineando en la mano como un sonajero; ella conducía el coche de Jaime. Fue la primera y última vez que rieron juntos al nombrar a Lenara.